

## Temor Santo y No-santo



No todo temor se crea y desarrolla igual, al menos no en el ámbito religioso. **Hay un miedo que es saludable y bueno**, signo de madurez y de amor. Como **hay también un miedo malo**, que bloquea la madurez y el amor. Pero esto hay que explicarlo.

Dentro de los círculos religiosos, hay mucho malentendido sobre el miedo, especialmente en torno al pasaje de la Escritura que dice que *“el temor de Dios es el principio de la sabiduría”*. Con demasiada frecuencia se han usado textos como éstos –lo mismo que la religión en general– para infundir en la gente un **temor enfermizo en nombre de Dios**. Tenemos que vivir en “santo temor”, pero el santo temor es una clase de miedo muy particular, que no habría de confundirse con el miedo tal como normalmente lo entendemos.

**¿Qué quiere decir “santo temor”?** ¿Qué clase de temor es saludable? ¿Qué clase de temor fomenta sabiduría?

**El “santo temor” es un temor de amor**, a saber, el tipo de temor que viene inspirado por el amor. Es un temor que se basa en la reverencia y en el respeto por una persona o una cosa a la que amamos. Cuando amamos auténticamente a una persona vivimos envueltos en una ansiedad saludable, una preocupación de que nuestras acciones nunca hubieran de decepcionar, faltar al respeto o profanar extremadamente a dicha persona. Vivimos en santo temor cuando sentimos una cierta preocupación

por no traicionar la confianza o no faltar al respeto a alguien. Pero esto es muy diferente de tener miedo a alguien o tener miedo a ser castigado.

**El mal poder y la mala autoridad intimidan** y provocan que otros les tengan miedo. Dios nunca muestra esa clase de poder o autoridad. Dios entró en nuestro mundo como un niño desvalido, y el poder de Dios todavía toma esa misma modalidad. Los bebés no intimidan, incluso mientras inspiran santo temor. Vigilamos y controlamos nuestras palabras y nuestras acciones en torno a los bebés, no porque ellos nos amenacen, sino más bien porque su clara impotencia e inocencia inspiran una preocupación en nosotros que nos hace querer gozar nuestros mejores momentos junto a ellos.

**Los Evangelios intentan inspirar esa clase de temor.** Dios es amor, poder benevolente, autoridad cariñosa; Dios no es alguien a quien temer. Efectivamente, Dios es la última persona a quien podemos tener miedo. Jesús vino para disipar nuestro miedo. Prácticamente todas las epifanías en la Escritura (casos en los que Dios se revela) comienzan con las palabras: “*¡No temas!*” Lo que nos amedrenta no viene de Dios.

Las escrituras judías, el Antiguo Testamento cristiano, revelan al **Rey David como la persona que mejor captó esto.** Entre todos los personajes del Antiguo Testamento, incluyendo Moisés y los grandes profetas, David es presentado como la persona que mejor ejemplifica lo que significa caminar en esta tierra a imagen y semejanza de Dios, a pesar de que en un momento dado abusara terriblemente de esa confianza. A pesar de su gran pecado, es a David y no a Moisés o a los profetas a quien Jesús atribuye su propio linaje. David es la figura de Cristo en el Antiguo Testamento. Vivió en santo temor de Dios, y nunca con un temor enfermizo.

Por citar **sólo un ejemplo destacado:** El Libro de los Reyes narra un incidente en el que un día David regresa del campo de batalla con sus soldados. Sus tropas vuelven hambrientas. **El único alimento disponible es el pan del templo.** David lo pide y el sacerdote le dice que ese pan sólo pueden consumirlo los sacerdotes, con rito sagrado. Y él le responde más o menos así: “*Yo soy el rey, puesto aquí por Dios para obrar responsablemente en su nombre. Ordinariamente no pedimos el pan del templo, pero ésta es una excepción, un caso de pura emergencia; los soldados necesitan comida y Dios querría que, con responsabilidad, hiciéramos esto*”. Y así tomó el pan del templo y se lo distribuyó a sus soldados. En los Evangelios Jesús alaba esta acción de David y nos pide que le imitemos, diciéndonos que no estamos hechos para el sábado, sino, al contrario, que el sábado está hecho para nosotros.

**David entendió lo que eso significa.** Discernió que Dios no es tanto una personificación de una ley a la que hay que obedecer, como una amable presencia bajo la cual se nos pide que vivamos con creatividad. David temía a Dios, pero como alguien teme a otro con amor, con un “santo temor”, no con temor ciego y leguleyo.

Una vez, **una madre joven compartió esta curiosa historia conmigo:** Su hijo de seis años acababa de comenzar a ir a la escuela. Ella le había enseñado a arrodillarse cada noche al lado de su cama antes de acostarse y a recitar algunas oraciones de noche. Una noche, pocos días después de haber comenzado la escuela, el niño brincó a la cama por la noche sin arrodillarse antes para rezar. Sorprendida por ello, su madre le retó con estas palabras: “*¿Ya no rezas, hijo mío?*”. Su réplica fue: “*No, mamá, no rezo. Mi maestra en la escuela nos dijo que no tenemos que rezar... Dijo que tenemos*

*que hablar con Dios..., pero hoy estoy cansado, ¡y además no tengo nada que decirle a Dios!”*

Como el rey David, este niño también había discernido lo que significa realmente ser hijo de Dios y cómo Dios no es tanto una ley inflexible que hay que obedecer, sino **una amable presencia que desea una relación amorosa mutua, relación de “santo temor”**.

Ron Rolheiser (Traducción Carmelo Astiz)

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/temor-santo-y-no-santo](http://www.ciudadredonda.org/articulo/temor-santo-y-no-santo)